

MÁS QUE LENGUAJE

*Luis Toledo Sande**

REUNO A CONTINUACION algunos de los *miniensayos* que integran mi libro *Más que lenguaje*, actualmente en proceso editorial. Algunos de los que ahora ofrezco aparecieron en la columna homónima que durante más de un año mantuve en el diario cubano *Juventud Rebelde*; otros ven su luz primera en *Atenea*, lo que honra y alegra al autor. Todo el volumen aborda aspectos de la relación pensamiento/lenguaje, vista centralmente con perspectiva latinoamericana.



Luis Toledo Sande

I. ARRIBA Y ABAJO / CENTRO Y PERIFERIA

Se sabe que los puntos cardinales son relativos, y no suponen ni un arriba ni un abajo, ni derecha ni izquierda. Ahora bien, ¿se sabrá con la debida intensidad, y desde el llamado sentido común, el más extraordinario y fértil? Otras voces, tal vez no todo lo *bien oídas* que merecerían, han llamado la atención sobre el hecho de que en las representaciones cartográficas se le ha reservado al norte la posición preminente: *estar arriba*. La misma palabra *norte* goza de singular prestigio como sinónimo de buena orientación. No

*Subdirector de la *Revista Casa de las Américas*, autor de *Cesto de llamas*. *Biografía de José Martí* y del volumen de epigramas *Textículos*, entre otros.



Grabado costumbrista de La Habana.

se dice “necesito un sur, o un este, o un oeste”, sino “necesito un norte”. Y hasta parece haberse olvidado que en la raíz etimológica de *orientarse* está *oriente*, como punto guía.

No estamos hablando, pongamos por caso, del amor, terreno donde no hay ubicación condenada de antemano a la desventaja: todas pueden propiciar el disfrute equitativo. Se trata de algo muy diferente. De puntos situados hacia el norte del planeta –de países con distintos grados de evolución, pero dominantes en sus turnos y circunstancias– salieron por lo general no sólo las expediciones o invasiones a las que se atribuye el “descubrimiento” (y más) de gran parte del planeta: es decir, que aceleraron las acciones y los nexos en virtud de los cuales aquél se “mundializaría” hasta llegar a la etapa actual de ese proceso, llamada *globalización*.

De posiciones norteñas también salieron quienes se encargarían de “poner al día” y “completar” –entre otras imágenes asimismo forjadas desde enclaves ubicados al norte– la representación cartográfica del planeta con los territorios “descubiertos” y “añadidos” *al mundo*. Contra esos conceptos, y otros similares, se han alzado argumentaciones irrefutables, pero siguen haciendo de las suyas. Entre los marinos y cosmógrafos europeos estuvo aquel a quien se atribuye la expresión *Nuevo Mundo* y en cuyo honor se bautizarían las tierras “descubiertas” por Colón: Américo Vespucio, formado por más señas en la red comercial de los Medici.

No es casual que *norte* y *sur* –como *occidente* y *oriente*– sean, a la vez que términos geográficos, conceptos socioeconómicos. Y los países que dominan en y desde ese norte siguen imponiendo las designaciones con las cuales se bautizan a sí mismos, y bautizan a *los otros*: somos el sur, *los de abajo*, también calificados como “la periferia”, mientras que *los de arriba*, el norte, se sienten, se muestran y se hacen valer como “el centro”.

¿Por qué aceptar resignadamente que somos *la periferia*? Conste que ese concepto irrumpe a menudo, como si tal cosa, hasta en lo más sobresaliente y mejor intencionado de nuestras letras y de nuestras ciencias sociales. ¿Será inevitable? De lo que no hay duda es de que ello satisfará, y no poco, a quienes saldrían ganando si definitivamente acabáramos aceptando que el centro del poder capitalista es, de paso, el centro de la humanidad, el núcleo de una célula –la Tierra– donde lo demás es sólo eso: lo demás, la periferia, la última carta de la baraja, el tercer mundo, porque no había posición más relegada a la cual condenarnos.

Aceptar que somos “*la periferia*” no se sana por muchas comillas que le pongamos a la expresión, ni por mucho que nos hayamos adiestrado en sublimar términos, como *Nuevo Mundo* –al que, más allá o acá de las apariencias, no hay quién le quite algo, o mucho, de larvario e imperfecto–, o en reivindicarlos, lo que hemos tenido que hacer con tantos otros: *indígenas*, *latinos* y *mambí* son algunos ejemplos. *Mulato* y *mulata* están asociados a la hibridez y a la condición de bestia de carga, pues son derivados de

mulo y *mula*, respectivamente; y la primera acepción de *zambo* (o *zamba*), con que se califica a personas con mezcla de las “razas” llamadas “negra” e “india” y se denomina a un tipo de mono americano, fue persona de piernas contrahechas. *Mestizaje* nació con una carga peyorativa que perdura en el pensamiento racista.

¿Cuestión de palabras, se dirá? Ojalá fuera sólo eso; pero es mucho más seguro que se trate de estrategias conceptuales para que les dejemos el paso, el mundo, a los poderosos, a quienes para su propio beneficio rigen el planeta: a las fuerzas imperiales. Ninguna precaución frente a estrategias semejantes será excesiva. Seamos, cuando menos, precavidos. Aunque tampoco nos viene mal ser creativos y corajudos. Hasta en el lenguaje.

II. GLOBALIZACIÓN Y GRAVEDAD

Lo que hoy corre frecuentemente con el nombre de *globalización* es una etapa de un complejo y creciente proceso. Si en él no faltan logros que merezcan elogios, de su significado general dan idea ciertos hechos. Tuvo año insignia, especialmente bautismal, en 1492, con sucesos que ya sabemos de dónde nacieron y hacia dónde han conducido. Algunas de sus otras fechas relevantes son 1898, tan menospreciada a veces en sus implicaciones geopolíticas para el planeta; los hitos que marcaron las denominadas Primera y Segunda Guerras Mundiales; y los momentos más orgánicamente vinculados con el desmontaje del socialismo europeo. Sobresalen los años 1989, cuando –en el bicentenario de la Revolución Francesa, distintiva de la burguesía en ascenso– se derribó el Muro de Berlín, y 1991, en el que se acuñó el certificado de defunción de la Unión Soviética.

Las alabanzas que desde el “periférico” sur –incluido el que objetivamente se localiza dentro del norte “central”– podamos dedicarle a esa mundialización corresponden a derivaciones no atribuibles por cierto a las intenciones cardinales del mencionado proceso. Todos los imperios han tenido consecuencias favorables. El romano, por ejemplo, aportó un sentido del derecho asimilable, como herencia a superar, por ideales más elevados de equidad y democracia; y generó en el mapa lingüístico replanteamientos capaces de menguar la babelización del mundo. Pero hay dos maneras de ver las cosas: o por los ojos de los césares o por los de Espartaco, por los de Pilatos o por los de Cristo y sus respectivos seguidores.

La mundialización imperialista –con sus equivalentes terminológicos plenos o parciales: *transnacionalización*, *posmodernidad*, *globalización* y cualesquiera otros que se hayan usado o surjan– ha posibilitado logros que pueden volverse o esgrimirse, o se han tomado ya, en su contra. Baste recordar dos: el desarrollo de las comunicaciones –que hasta ahora ha servido sobre todo a una propaganda que beneficia a los dueños de los monopolios de la

información y de las otras empresas que la usan a su antojo— y la propagación de movimientos emancipatorios, de clases y sectores, y nacionales.

El reconocimiento —que, entre otros, ha hecho Fidel Castro, encarnación contemporánea de la lucha antimperialista— de que la globalización es un fenómeno tan inevitable como la ley de gravitación universal, describe un hecho alarmante, y es una clara voz de alerta, no un llamado a la resignación. Pero parece haber sido asimismo objeto de lecturas torpes: no hay texto, por sabio que sea, que se libre de ellas, las cuales no conseguirán negar que tampoco para oponerle resistencia a la ley de gravedad es necesario ignorarla. De hecho, todos los días la desafiamos: no andamos a rastras, como se ajustaría más a dicha ley, sino erguidos. Y así, ni a rastras ni de rodillas, se debe marchar contra las manipulaciones de palabras e ideas que capitalizan —usando para ello las publicaciones de mayor tirada, los más potentes canales de televisión y los más actualizados medios informáticos— los dueños del capital, valga la redundancia.

Si no andamos como debemos, la globalización no sólo nos envolverá —lo cual ya hace—, sino que acabará por engullirnos y devorarnos completamente: más que de gravedad, es cuestión de muerte. Y es necesario buscar, defender otra integración, que sea de veras solidaria, dignificante, humana.

III. ¿HABLAREMOS INGLÉS? (1)

Como el italiano lo ha sido de la ópera, y el francés —que lo fue de la diplomacia y los salones— del ballet, el inglés ha devenido *lingua franca* del mercado, motivo por el cual se impone también en distintos ámbitos, sin descontar la diplomacia. Pero es necesario detenerse lo bastante a pensar (bien) por qué ese idioma ha logrado un triunfo de semejante envergadura.

Para ello no hace falta ignorar que, en virtud de su origen o de su conformación como tales, hay disciplinas que tienen su jerga en una lengua determinada: la esgrima —y ya sé dijo que el ballet—, en francés; algunas artes marciales, en japonés; un montón de deportes, en inglés. Esto último es fácil apreciarlo en un país donde tanto se disfrutaban el boxeo y el béisbol, que no heredamos directamente del pugilismo griego ni del juego de batos de los taínos. En Cuba ambos son históricamente inseparables de la injerencia estadounidense: lo que da un sentido especial a las victorias que logramos en ellos.

El béisbol —ciñámonos al que ha devenido nuestro *deporte nacional*— pudo ser visto, desde diversos ángulos, como una vía para contrarrestar la influencia de España cuando aún esa nación era metrópoli colonial de Cuba, pero lo cierto es que su introducción en el archipiélago arreció cuando éste se hallaba en camino de ser sometido al neocolonialismo yanqui, bajo el cual se arraigó luego su práctica. Aun así, aunque hay en su jerga términos



Miguel de Cervantes

que ya sólo cabe decir en el idioma del cual vienen, nos dimos el gusto de cubanizar no pocos de ellos. Por ejemplo, *hit*, *home run*, *double play* y *short stop* se sustituyen, respectivamente, por *jít*, *jonrón*, *doblepley* y *sior*. El mismo deporte suele llamarse *pelota*, de más rotunda cubanía que *béisbol*, derivación ya españolizada de *base ball*, y que en Cuba es habitual que se pronuncie *beisbol*. Mientras que *umpire* se trasforma en *ampaya*, con sonoridad frutal.

Ahora, sin embargo, es frecuente que en distintas esferas nos traguemos los términos en inglés, aunque nunca antes habíamos tenido mejor preparación para enfrentar los recursos del colonialismo cultural y de todo tipo, y para reflexionar sobre el grado de influencia a que ha llegado ese idioma. Aparte de que en el nuestro se han expresado –mencionemos apenas tres nombres– Cervantes, Martí y Darío, habría que ser demasiado ingenuo, o querer serlo, para ignorar que el paso avasallador del inglés es hoy fruto del expansionismo imperialista a lo yanqui –dólar, tecnología y poderío militar mediante– y lleva el sabor de su medular pragmatismo y de su desafuero conquistador. Por distintos costados se abordará esa realidad en varias de las páginas que siguen.

A Cuba, por tradición cultural, por formación y consciente voluntad, le está dada una amplia receptividad en cuanto a los aportes del resto del mundo. De nuestros más emblemáticos fundadores nos viene, junto con una orientación ética opuesta a lo nocivo del pragmatismo –no por casualidad ubicado en el núcleo de la ideología imperialista–, una vocación electiva que ha dado nombre a una lúcida actitud filosófica.

Pero tampoco subvaloremos ni idealicemos ventajas como las asociadas a la insularidad y a una situación geográfica tan privilegiada como peligrosa. Y no ignoremos las peculiaridades de una idiosincrasia que –fraguada en forcejeo con el colonialismo económico, político y cultural, y consiguientemente marcada por él– puede favorecer embullos no siempre aconsejables.

IV. ¿HABLAREMOS INGLÉS? (2)

La tecnología es necesaria para el progreso de cualquier país y de sus habitantes, pero es saludable asumirla sin sacrificio ni daños innecesarios de la identidad. Ya parece inevitable usar términos como *net*, equivalente estricto, en inglés, del español *red*, y su derivado *internet*, cuyo homólogo en español sería *inter-red*. Pero, en general, ¿por qué aceptar pasivamente vocablos extranjeros que tienen equivalencia en nuestra lengua?

Parecería, por ejemplo, que *link* fuera más elegante que *enlace*, o *mouse* que *ratón*. No culpemos a los ordenadores: ellos, digamos, no nos obligaron a sustituir *teleteatro*, que ya nos era familiar, por *teleplay*, ni son los responsables de que un cubano, hablando en un barrio de su país y entre

compatriotas, diga, ¡oh!, *computer*, como si *ordenador* y *computadora* fueran insuficientes. No hace falta abundar en ejemplos del mismo fenómeno para conjeturar que, por ese camino, *son* (o *daughter*) *of a bitch* desplazará en capacidad de elogio a una expresión “tan vulgar e idiomáticamente inferior” como *persona decente*. Los francófonos –aunque en algunos casos se haya visto en ello nostalgia imperial– le hacen bien a su idioma cuando, por ejemplo, llaman *telecopie* (o sea, *telecopia*) al modo de comunicación que en la generalidad del ámbito hispanohablante se ha bautizado *telefax*, anglosajonización de *telefacs*, que abrevia una palabra de procedencia latina: *telefacsimil*.

Hace poco vi a un profesor español presentar un programa informático destinado a la enseñanza de la literatura española y del propio idioma español entre alumnos españoles. Toda su estructura terminológica estaba en inglés. Así los niños comerán *full plates* de *software*, *compact discs*, *McDonald's* y, ¿por qué no?, *espagnol* o *espanol* (sin ñ) o, ya mejor, *Spanish*: es decir, *English*.

En Cuba el ideal de tienda se llama *shopping* –menos mal que por desconocimiento, ironía, gracejo popular o lo que sea, la palabrita, al menos oralmente, se ha convertido en *chopi*–, y han proliferado establecimientos con el nombre de *Photo Service*, no de *Servi Foto*. Es más: ¿qué elegancias y magias del cosmopolitismo –cosmopolitismo, pero siempre en inglés– han hecho que en pasajes aéreos despachados en Cuba, hasta para vuelos nacionales, y en los propios aeropuertos del país, La Habana pierda su flamante nombre para llamarse *Havana*? ¿Alguien pretenderá que se tome como un tributo a vacilaciones ortográficas de pasados siglos? Cuidar la identidad nacional es responsabilidad de todos, e inseparable del conjunto de deberes que institucional o personalmente se tenga con el país.

Usar el inglés, hasta donde sea ineludible, como instrumento de trabajo, y aun estudiarlo vocacionalmente en su carácter de camino cultural, nada tiene que ver con descuidar los peligros que acarrea la carencia de una lúcida política lingüística. ¿Por qué en nuestras instalaciones públicas –por muy hoteleras y turísticas que sean, e independientemente de la procedencia de los recursos financieros invertidos en ellas– las señales escritas y otros textos no se ponen primero o más destacadamente en español y luego en cuantos *otros* idiomas sea menester? No todas las personas que vienen a Cuba hablan inglés, y a veces hasta parece que con él se sustituye el idioma de infinitivos con el cual a los “nativos” se les hace entenderse con los colonizadores en los muñequitos de corte más colonialista.

No propiciemos ni el menor grado de respuesta afirmativa a la desgarrada pregunta de Rubén Darío, que podría tener, entre otras, esta versión: “Once, doce, trece, catorce millones de cubanos, los que sean, ¿hablaremos inglés?”



VIII. ¿LO UNIVERSAL?

Usualmente al sustantivo *universo* se le reduce el sentido hasta más allá de identificarlo estrechamente con *la Tierra*: de momento no más que el nombre del único planeta donde se sabe que hay vida (¿inteligente?) en el multigaláctico universo. También es frecuente que el adjetivo *universal* se reserve para los focos hegemónicos: lo demás son apenas aldeas, localidades. Se olvida que las flamantes metrópolis son asimismo aldeas, y que en ellas suele generarse y estimularse *un* pensamiento hartamente aldeano, pero poderosamente difundido: para que se le tome como *el* pensamiento.

Desde luego, las mayores (y mejores) elaboraciones de ideas en esas localidades se caracterizan por rebasar los límites de las respectivas procedencias, y por ofrecer claves o indicios valiosos a diferentes comarcas. Otro tanto ocurre en las aldeas de menor poder económico y divulgativo, donde también se cosechan logros de valor universal; pero los aportes que en ellas se cosechan quedan habitualmente calificados como *locales* o, cuando más, como *nacionales*; y hasta *regionales*. Es decir: *lo universal* viene “de afuera”, y ya se sabe a qué alude la frasecita.

Tan testaruda es la confusión que, incluso después de haberla detectado, perdura en el decisivo plano de lo inconsciente. Es posible, por ejemplo, que si en un simposio se trata específicamente acerca de un pensador latinoamericano, la contribución de éste sea enaltecida y sus textos citados una vez y otra; pero en cuanto se cambia de tema su presencia agoniza, o pasa a suministrar frases prestigiosas usadas más o menos como consignas. Nuestros problemas –los teóricos y hasta los prácticos– vienen a “solucionarlos” pensadores de otras latitudes; de preferencia, claro está, que no se hayan expresado en español.

Todo eso aunque hablemos en nombre de la más elevada dialéctica y contra la metafísica y el manualismo colonizante, y sostengamos que ningún pensador resolverá por obra de magia aquello en que intervienen la práctica inteligente y honrada, y propia, y circunstancias objetivas. Después se torna con fruición a los dominios de las “universales” parcelas *hegemónicas*: a occidente. Sobre todo a *una* Europa que ahora, más que nunca, es *occidental*; y también, en ese camino y a veces “imperceptiblemente”, a los Estados Unidos. Ese país no ha brillado por visibles elaboraciones teóricas, pero sí por un pragmatismo que lo mina todo, y por su capacidad para poner al servicio de esa concepción del mundo todo cuanto toca, difunde, enseña, vende o impone. Y, más recientemente, por ser la meca de la academia “posmoderna”, con cátedras y publicaciones poderosas.

Volviendo al punto de partida y a nuestro entorno próximo, será fácil leer textos que, con las mejores intenciones, promuevan y enaltezcan el afán de combinar *lo nacional* con *lo universal*. Un poco de cuidado revelaría que, en el fondo, a *lo nacional* puede sentirse sabor a insuficiencia, desvalidez,

pobreza; y a *lo universal*, el de luz para guiarse. Así, en lo entrañable pero taradito nacional estará, aunque ni cuenta nos demos de ello, nadie menos que José Martí. ¿Qué quedará para los demás?

Y conste que no propongo –¡atrás, demonios!– convertirlo a él, ni a nadie, en una sacrosanta “filosofía de citas” como la que tanto daño ha hecho en la divulgación y en el aprovechamiento del legado de *otros* grandes, y puede hacérselo a cualquiera, por muy colosal que sea.

XXVII. COMUNIÓN Y PARTICULARIDADES (1)

Procurar que el español, instrumento de expresión de una de las más extensas y pobladas comunidades lingüísticas del mundo, no se babelice –o balcanice, metáfora nacida de una realidad cuyas consecuencias se han hecho más visibles recientemente– no supone pretender un desmedulado español estándar que no se habla ni se escribe en parte alguna.

En la propia España hay quienes ni siquiera conocen el castellano –devenido español, y diverso aun dentro de aquel país–, sino otros idiomas también dignos: entre ellos, el catalán (catalá), el gallego (galego) y el vascuence (euskera). En América un argentino, un mexicano y un panameño, para sólo mencionar tres casos, se entienden en su común y diverso español tanto entre sí como con oriundos de España. En Cuba actúan las consabidas diferencias de las intravariadas regiones occidental y oriental.

Hace muchos años que aquí se dice *video*, en pronunciación característica del español: como una palabra llana, escrita, por tanto, sin tilde en la *i*. Pero ahora en nuestros medios se le pone a veces la tilde que, en la acústica *imperante* hoy, lo anglosajoniza: *vídeo*. Supongo que para uniformar nuestra modalidad del español con la que predomina en España, probablemente debido más a influencia de la tecnología expresada (comercializada) en inglés que como un resultado del camino seguido por aquel vocablo desde el latín, en el que se pronunciaría *uídeo*.

A ver si porque en España suele decirse *báter* –comoquiera que se escriba, pero por *water-closet*– a lo que, rivalizando con el sentido médico del sintagma, acapara por antonomasia la designación de *servicio sanitario*, vamos a importar aquella palabrita. A ver si porque hasta en las más recientes ediciones de los diccionarios de la Real Academia Española y de María Moliner se escribe *daiquiri*, como se pronuncia en España, nos da por dejar de decir y escribir *daiquirí*. Esa bebida nació en Cuba, y debe su nombre a Daiquirí, escenario de parte de la histórica tragedia del '98, cuyas consecuencias están vivas.

La frecuente ausencia de tilde en las mayúsculas que, tanto impresas como manuscritas, deben llevarla en español, es una incorrección venida del uso de máquinas y modelos tipográficos del inglés y de otras lenguas

que no usan tilde. Dicha ausencia ha contribuido a que en España personas de elevada instrucción –y que sobradamente conocen el significado de *níveo* y *nívea*– pronuncien *Nívea*, con acento en la *e*, cuando se refieren a dicho nombre comercial. Pero éste se debe a la blancura (*nívea*) de los cosméticos a los cuales él identifica. ¿Empezaremos ahora nosotros a decir también *nívea*?

En España pronuncian *Atlas* (y sus derivados, como *Atlántico*) con una silabización (*At-las* y *At-lán-ti-co*) distinta de la común en Cuba, que es *Atlas* y *A-tlán-ti-co*. En España, miembro de la OTAN, el nombre de esa organización se pronuncia con el acento en la *O*, como vocablo llano, al igual que *NATO*, su equivalente en inglés. En Cuba, y en otras partes, se le pone en la *A*; y no hay por qué andar de imitadores voluntarios. En todo caso, imitemos a la rebelde Asturias, donde es tradición celebrar anualmente la Fiesta del Bollu Preñau, como en bable, modalidad lingüística de esa región española, se dice bollo preñado: pan preñado, o con chorizo.

XXVIII. COMUNIÓN Y PARTICULARIDADES (2)

Lo que en mi libro *Más que lenguaje* se haya dicho o se diga sobre el plano lexical en las particularidades –multinacionales, nacionales, zonales– dentro de una comunidad lingüística como la hispanohablante, no pasará de mero botón de muestra. El tema ha sido y seguirá siendo objeto de vastos estudios y glosarios, y conocerlo resulta útil para desenvolverse en un medio distinto del propio, aunque allí se hable el mismo idioma que en el nuestro.

Si se está en España –valgan estos ejemplos gastronómicos–, cabe que a uno lo sorprendan vocablos como *gambas* o *sepias* (por *camarones* y *calamares*, respectivamente). Además de ensacharnos en el uso los recursos expresivos del idioma –en determinados países y épocas algunos de ellos permanecen como dormidos, o desaparecen– nos recuerdan el origen de vocablos familiares en Cuba: *gambado(-da)* –“¿cómo baila Chenchá la gambá!”–, que se aplica a la persona de piernas gambiformes; y el nombre del conocido color sepia.

Es útil saber que allí una pregunta como “¿dónde puedo parquear el carro?” probablemente sea un mensaje muerto. Los caminos y los hábitos lexicales han impuesto, en vez de *parquear* y *carro*, respectivamente, *aparcar* y *coche*, vocablos que, dichos en Cuba por un cubano –sobre todo el primero de ellos–, tal vez le granjeen al refistolero decidor, como premio, una sonada trompetilla.

A veces, fuera del medio propio, llega a ser necesaria una estrategia expresiva que facilite la comunicación. Pero el mimetismo recortero no resulta aconsejable, ni elegante. Desde luego, si como huésped debe uno –sin dejar de ser quien es– adaptarse a normas indispensables para hacerse en-

tender, cuando se es anfitrión mantener las normas propias puede ser una forma de ayudar a los visitantes a ensanchar su horizonte lexical, y de no ignorar dónde se halla. Eso no excluye la concesión por cortesía o solidaridad. Pero ¿por qué suponer que entonces también debe uno renunciar a sus modos de expresión y adoptar los ajenos, como si los propios fueran cosa de marginales incultos o bárbaros?

Otro de los elementos relevantes en las particularidades –hasta individuales– dentro de una comunidad lingüística es de orden acústico: las inflexiones, la cadencia, el acento, el dejo con que se pronuncia un idioma en general o en una localidad determinada, o lo pronuncia cada quien. Toda persona “canta” a su manera, y ninguna manera propia y natural de hacerlo es motivo para avergonzarse. Eso no puede decirse de ningún tipo de cipayismo, aunque no haya ni rozado la mala intención. Ciertos comportamientos, nacidos de los complejos de inferioridad y de la colonización cultural, llegan a ser particularmente grotescos.

Cualquier lector puede estar pensando ya en el anecdotario a su alcance. He conocido personas que, apenas llegadas a España –o casi antes de rebasar las puertas de migración del aeropuerto José Martí–, parecen o creen parecer más salmantinos que la Universidad de Salamanca, o más andaluces que Federico García Lorca, aunque apenas sepan de la existencia de la primera ni hayan leído al segundo. La contaminación lingüística existe, y en algún grado llega a ser inevitable. Pero hay casos en que ¡no es para tanto, tío! Y el trasplante imitadizo opera tanto dentro de una misma lengua como tratándose de lenguas diferentes.

Recordemos a Martí: “El delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía”, lo que deja dicho que *saber* ser esclavo es peor aún que “solamente” serlo.

LV. ¿REPÚBLICA BANANERA?

Ni el adjetivo *bananera* ni, mucho menos, el sustantivo *república* entrañan forzosamente motivos para que las realidades definidas por ellos merezcan desprecio. Las repúblicas bananeras en que países de nuestra América se han visto forzados a convertirse, son fruto, sobre todo, de la injerencia estadounidense, que ha impuesto a esos pueblos distintos males, como a otros. Y sólo faltaría que nos burláramos de ellos por lo que los imperialistas les hayan ocasionado y los medios de propaganda imperiales les endilguen.

La ideología dominante en los Estados Unidos se ha hecho a imagen y beneficio de anglosajones “blancos” y ricos. Según ella, de la que no hay por qué culpar al pueblo trabajador estadounidense, también víctima suya –directa o indirecta, explícita o enmascarada–, para merecer repudio basta ser latino, negro, asiático, indio (llamado así con propiedad o por error

colonialista). Ni hablar de pueblos a los cuales nos define la mezcla de esas "calamidades".

Los cubanos independentistas sabemos bien hasta dónde llega ese desprecio, largamente secular, que suscitó la martiana "Vindicación de Cuba". Y toda ella sigue vigente en la lucha para defender y salvar a Cuba contra ambiciones y maniobras imperialistas, y para desenmascarar a los *Evening Posts* y a los *Manufacturers* que les sigan sirviendo de voceros.

Miami es el nombre de un territorio estadounidense donde viven personas de muy diversa índole, y de muy diferentes orígenes y perspectivas. Y —dígase con la socorrida imagen, con perdón de los córvidos y sin pensar que éstos representan a todos los cubanos allí radicados— es también el emblema de un criadero de cuervos y cuervas fomentado por los imperialistas para utilizarlos contra la Revolución. Pero quien cría cuervos —y cuervas— corre el consabido peligro. Ya aquéllos han dado picotazos en el rostro de sus señores y de sus señoras, no precisamente para exigirles que sean menos imperialistas, sino más arrogantes, más desfachatados. Medios de propaganda estadounidenses —¡a los que librenos Dios de querer imitar!— han dado a ese nido el calificativo de *república bananera*. Pero que tales apátridas merezcan soplamocos, y más, no es razón para repetir acríticamente cuanto de ellos se diga. Y repetir no es necesariamente un buen deporte.

A los imperialistas y a sus voceros no les molesta que aquellos cuervos y aquellas cuervas sean apátridas, pues para eso los han criado. Les irrita que, por un momento al menos, y para confirmarse en la ultraderecha de aquella nación —nadie es más chillonamente cesáreo que el sirviente voluntario del César—, hayan desafiado sus leyes y sus órdenes, y que, para colmo, sean "inmundos latinos", o "negros".

Ahorita, en lugar de *república bananera*, va y les llaman —para insultarlos, desde luego— *pequeña Cuba comunista*: después de todo, esos cuervos y esas cuervas son, por su origen, cubanos. ¿Repetiríamos también, para ponerlos en su sitio, ese otro "insulto"? En cuestiones de lenguaje tampoco puede confiarse en los imperialistas *ni tantito así, nada*.

LXXI. SINÉCDOQUE

Quien busque en un diccionario —como sugiero en otro artículo— el significado del vocablo *sinécdoque*, posiblemente no avance demasiado. El de la Real Academia Española, que indica su ascendencia greco-latina (¡una expresión traducible como *recibir juntamente*!) y lo sitúa en los dominios de la retórica, le atribuye la siguiente acepción: "Tropo que consiste en extender, restringir o alterar de algún modo la significación de las palabras, para designar un todo con el nombre de una de sus partes, o viceversa; un géne-

ro con el de una especie, o al contrario; una cosa con el de la materia de que está formada, etc.”

Cabría recordar ejemplos clásicos (*cabeza de ganado*, tratándose del animal entero) o familiares (*hierro* en lugar de *arma*, *plata* por *dinero*)... Pero uno especialmente ilustrativo y sonoro –y probablemente más eficaz que cualquier explicación– lo debo a Venezuela, donde un cubano puede disfrutar, entre otras, no pocas alegrías idiomáticas. Ocurre con la vitalidad que allí conserva una palabra tan *chévere* como *chévere*, casi extinta entre nosotros. ¡Aunque solemos dárnoslas de cheverísimos!

Recientemente me invitaron a ofrecer una conferencia en la Universidad de Nueva Esparta, recinto de la Isla de Margarita, y me sorprendieron los términos de la solicitud verbal. Casi tanto como luego me regocijaría la inolvidable acogida que entre aquellos alumnos –y varios profesores– tuvo la charla: “Lenguaje y retos contemporáneos a la identidad”, sobre inquietudes que me han animado a escribir estos miniensayos.

Lejos de decirme que hablaría para jóvenes, muchachos o chicos, los cálidos anfitriones usaron un vocablo que me confundió, por parecerme de raíz obscenoide. Pero pronto comprobé que en aquel país es un sustantivo habitual hasta en los medios más serios, y que no se repara en su etimología. Se trata del diminutivo de una voz que la Real Academia Española ha llamado “malsonante” y que se ha deslexicalizado al paso de los años hasta convertirse en una interjección inofensiva, aunque sin dejar por completo de ser uno de los nombres dados al miembro viril. A caballo entre ambas acepciones se le percibe cuando *en su laberinto* la prodiga, siempre en desbordado plural, ¡*Carajos!*, el Bolívar de García Márquez.

La intervención sería... “para *carajitos*”, lo cual confirma que en la sinécdoque el todo puede ser nombrado *por sus partes*. Pero el modelo masculino domina en sociedades marcadas por el patriarcado y el correspondiente machismo, y me dijeron que el público sería no sólo de *carajitos*, sino también de *carajitas*. Términos tales suman a la subversión de la obscenidad la imprecisión discriminatoria: ¿alguien duda que a las muchachas les correspondería otra denominación, ajustada *naturalmente* a su anatomía? Una plena consecuencia y una justa equidad dentro de tan gracioso modo de nombrar, ¿no exigiría llamarlas *coñitas*?

Una variante de aquel diminutivo falocrático se ha extendido a la gastronomía mundial: el café “reforzado” con adición etílica se llama *carajillo*. Mi educadísima bisabuela Domitila podía haberse ahorrado el trabajo que se tomaba al sustituir *carajo* por *caraja* “para no decir malas palabras”. ¿Sabría ella que esa versión femenina o travestida es, según el diccionario citado al inicio, la “vela cuadrada que los pescadores de Veracruz largan en un botalón”? ¡El idioma es de sinécdoque, amiguitas y amiguitos!



LXXVI. SINÓNIMOS Y TRADUCCIONES

De que los sinónimos no siempre son indistintamente intercambiables, ni aportan iguales resultados en todos los contextos, hay ejemplos sumamente ilustrativos: *guapo* y *valiente* son permutables en Cuba, pero no en España ni en otros países donde el primero de ellos, además de no emparentarse con la acepción cubana, despectiva, de *guaposo*, apunte especialmente a la buena presencia física de una persona; y en ningún entorno hispánico es irrelevante sustituir *ano* por *trasero*, y menos por *culo*.

La diversidad de significados que una misma palabra o una misma frase pueden alcanzar en distintos países de una misma comunidad lingüística, puede ser mucho más drástica en el caso de las falsas cognadas, voces que, siendo iguales o muy parecidas en dos o más idiomas, tienen acepciones diferentes en cada uno de ellos. *Actual*, en inglés –donde se mantiene fiel a su raíz: *acto*–, equivale a *real* o *cierto*, como *actually* a *de hecho* o *realmente*; mientras que en español *actual* y *actualmente* han escorado hacia el plano cronológico.

En inglés, *picture* remite a manifestaciones artísticas –significa *pintura*, *película*, *cuadro*–, y las expresiones *cuadro político* y *cuadro administrativo*, tan frecuentes en Cuba, no se traducen como *political picture* o *administrative picture*. Para ese *cuadro* el inglés adoptó, del francés, el vocablo *cadre*. Y no es banal que en español a quien dirige se le llame con palabras provenientes de tres idiomas, según sus características o la intención con que se le trate: en el propio español, *dirigente*; en inglés, españolizado, *líder*; en alemán, a menudo con una españolización que llega hasta suprimir las diéresis y no usar la mayúscula, *Führer*.

Las falsas similitudes trampean especialmente en lenguas de una misma familia. Intentando traducir del francés al español, alguien convirtió *avalér* (o sea, *tragar*) en *avalár*, y en Italia causó efecto indeseable un visitante cubano que habló, en español, de “los más *afamados* escritores de Cuba”: en el pensamiento italiano, *afamado* remite a *fame*, que significa *hambre*, por la raíz latina de donde en español viene *famélico*. En Brasil, otro cubano irritó a una anfitriona, desconocedora del español como él del portugués: le dijo que un banquete ofrecido por ella era *exquisito*, lo que su interlocutora recibiría como *esquisito*, que también en portugués significa *refinado*, *delicado*, *delicioso*, *primoroso*; pero asimismo *raro*, *singular*, *extravagante*, *maníaco*, *estrambótico*, *impertinente*. Aunque el serio diccionario en que me baso las sitúa en segundo lugar, pudieran prevalecer las connotaciones negativas, como en varios idiomas ocurre con *original*, que puede ser sinónimo de *tonto*.

En cierta publicación habanera le estropearon a un colega un texto donde había citado la frase latina *Verba vana aut risui apta non loqui*, que allí

tradujeron como *Las palabras también ocupan un lugar en el espacio*, pero significa *No digáis palabras vanas o que causen risa*. Se entiende que risa burlona o reprobatoria. Entrevistado, un verdadero conocedor del latín humoreó diciendo que, al caerse de un caballo en un terreno poblado de vacas, conoció el *horror vacui*, que no es sino *horror al vacío*. Al vacío caen las malas traducciones, y para aludir a lo difícil que es hacerlas bien se acuñó en italiano el implacable refrán *traduttore, traditore*: nada menos que *traductor, traidor*.

Y hay que tener en cuenta los estragos ocasionados por prejuicios, tendencias, tabúes y pudibundeces de diversa índole. No entendí bien el pasaje del “Infierno” en que, según una célebre versión –cito de memoria–, el jefe de una fila de condenados hizo “del de atrás como trompeta”, hasta que en otra versión supe lo escrito por Dante: “el jefe con el culo hizo trompeta”.

Volviendo a las trampas que actúan en una misma lengua, presencié el esfuerzo que costó convencer a una persona de que la pedofilia es un gran crimen, pues no se trata –como ella creía engañada por fáciles asociaciones lexicales– de la afición a competir con aquel guía infernal.

XCIV. MÚSICA, DICCIONARIOS Y PERSPECTIVAS

Como punto de partida para el tema planteado en el título no se me ocurren ni tengo ahora a mano ejemplos mejores que los que ya usé en un “Manifiesto de amor a Islas Canarias” publicado en el número 216 (julio-septiembre de 1999) de *Casa de las Américas*. Los pido prestados a ese texto, con la tranquilidad de conciencia de no estar robándolos a nadie.

La presencia de la música cubana en las Islas Canarias se corresponde con la familiaridad con que allí se aprecia (se quiere) una producción artística alimentada a ambos lados del Atlántico por hijos de aquel archipiélago. Quizás nadie haya compuesto una pieza clasificada como *isón*, pero probablemente no falten –ni en Canarias ni en Cuba– aquellas donde halla frutos del matrimonio del *son* y la *isa*. No importa que hasta la vigésima, penúltima hasta hoy, edición del tan útil como completable y mejorable *Diccionario* de la Real Academia Española no apareciera en ese léxico el término musical *isa* (“canto y baile típicos de las Islas Canarias”).

Todavía en la vigesimoprimera edición, la más reciente por ahora, entre las acepciones de *son* no se registra la que da nombre a la modalidad musical y danzaría –más que un género– que distingue a Cuba y es probablemente en lo que primero se piensa al escucharse o leerse aquella palabra. Tal ausencia es la “razón” de que tampoco aparezca *sonero(-ra)*, y no hay que sorprenderse por ello. Ese es el mismo compendio lexical que, mientras desde antes intentaba dar una definición técnica, por ejemplo, de *vals*, en la

citada vigésima edición fue que admitió –ya veremos de qué modo– las más importantes acepciones de *tango*, palabra cuyo alcance allí se clasifica o restringe como “voz americana”.

Después de registrar su acepción de “fiesta y baile de negros o de gente del pueblo en algunos países de América”, es que incluye éstas: “Baile argentino difundido internacionalmente, de pareja enlazada, forma musical binaria y compás de dos por cuatro”, y “música de este baile y letra con que se canta”. En *tanguista* necesitó llegar a la vigesimoprimera edición para añadir a “mujer contratada para que baile con los clientes de un lugar de esparcimiento” el significado de “cantante o bailarín en ciertas salas de fiestas”.

Pero ya el sustantivo *tanguista* a nada se asocia más que al cultor o a la cultora del tango. Como el son, hace tiempo que esa otra expresión musical y danzaria recorre el mundo. Ni siquiera se circunscribe a los dominios de la lengua española, tan decisivamente enriquecida en las otrora colonias americanas de España, que comenzaron a compartir con la parte peninsular la forja de esa lengua desde el mismo año (1492) en que se ubica la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija, y desde antes de que Cervantes creara el *Quijote*: lo que da razón a quienes sostienen que esa lengua compartida hoy por cerca de cuatrocientos millones de seres humanos –de los cuales sólo aproximadamente el diez por ciento corresponde a España– es un fruto cultivado a ambos lados del Atlántico, y no más español que americano.

La cifra de grandes escritores que se han expresado o se expresan en ese idioma en América y en España desde el modernismo y la llamada generación del 98 hacia acá –respectivamente, y en intercambio de fértil reciprocidad–, no es ajena a ese hecho. Es inútil desencadenar competencias estadísticas, pero se debe erradicar cuanto revele impronta colonialista. El Premio Príncipe de Asturias recientemente compartido entre las veintidós Academias de la Lengua puede ser buena señal. Eso sí: nunca estará de más reiterar que sería criminal la balcanización de una comunidad lingüística importante hasta por su composición numérica, y también como fuerza de resistencia contra el imperio del dólar y el inglés.



Antonio de Nebrija

XCVIII. ¿IDIOMA Y PENSAMIENTO ÚNICOS?

Generalmente se acepta –no sé con qué grado de inercia o de conciencia en cada caso– que *el lenguaje es la expresión o la envoltura material del pensamiento, con el cual forma una unidad dialéctica*. Pero ni siquiera entre quienes repiten como verdad sagrada ese aserto es seguro que la alarma ante la expansión y la aceptación indiscriminada del inglés marche siempre a pa-

reja intensidad con el creciente y también necesario rechazo al llamado pensamiento único.

Ese pensamiento, ideología contra la cual se han alzado no pocas voces honradas e influyentes, es el que los *imperialistas* –palabra fuera de moda en ciertos círculos, pero realidad terrible– intentan inocular al mundo por medio de la dominación económica, de la tecnología –incluidas las armas– y de un modelo cultural de signo yanqui. Por muchas variedad y amplitud con que desde los centros de poder –cada vez más un solo centro– se quiera autorrepresentar el bloque hegemónico, el cual preferirá simular que ve en la OTAN una garantía para su diversidad interna, en ese tinglado predomina, con desfachatez, la cúpula dominante –no reducirla, ni con mucho, a su presidente de turno– de *un* país: los Estados Unidos. Si había alguna duda sobre la condición de gendarme que esa nación ejerce en el seno de los otros poderosos, en general devenidos subpoderosos, y algunos no más que aspirantes a serlo, baste recordar los bombardeos contra Yugoslavia.

La expansión del inglés no debe verse como una victoria de todo el ámbito anglófono, incluidos los pueblos de Africa y del Caribe que por vía colonial heredaron ese idioma –aunque ni así estaría bien tolerarla–, sino específicamente de los Estados Unidos, gendarme del pretense mundo unipolar y de su correspondiente pensamiento único. Para este último sería una garantía que todos los pueblos del mundo que no hablan inglés renunciaran –aunque lo hicieran creyendo ingenuamente que así le arrebatan la lengua al enemigo, como se le puede arrebatar un fusil en el combate– a sus idiomas respectivos y los sustituyeran por aquél.

En el siglo XIX –fundamentalmente a finales de los años 80 e inicios de los 90– José Martí combatió los afanes expansionistas de los Estados Unidos. Dentro de su lucha cabe destacar, para los fines inmediatos del presente artículo, su oposición al establecimiento por aquel país de una moneda única en todas las Américas, y para la cual sus promotores buscaban la venia de Europa. Al rechazar ese proyecto monetario –momento en el camino ascendente del dólar hacia su predominio sobre el planeta–, dijo que “por el universo todo debiera ser una la moneda”, pero únicamente cuando en el mundo reinara la concordia equitativa, no la dominación de unos países por otros.

Martí –que tenía el don de lenguas, y en las varias que conoció tuvo un medio poderoso para enriquecer su proverbial cultura– nunca abogó por la existencia de un solo idioma en el mundo. Si el diseño de una moneda no escapa a la influencia de la historia ni a las concepciones de quienes la diseñan y, mucho menos aún, de las propias de quienes se sientan representados en ella, los idiomas son una expresión muy especial de los pueblos que los hablan: son reflejo de su alma. Perdónese palabra tan poco científica.

La expansión del inglés con mal disimuladas pretensiones de idioma único forma una unidad dialéctica con la propulsión de un pensamiento único. Que presumiblemente ni uno ni otro podrán hacerse realidad, no nos autoriza a ignorar las maniobras con que se les procura imponer, y mucho menos a servirles de aliados, aunque “sólo” fuera por despreven- ción e ingenuidad.

